

Grupos e identidades sociales en la historia social argentina de las últimas tres décadas.

Un abordaje teórico-metodológico

Resumen

En Argentina, con el retorno a la democracia en la década de 1980, se inició un proceso de creciente profesionalización de la disciplina histórica. La historiografía argentina experimentó en poco tiempo una notable expansión, acompañada de un estallido de temáticas, enfoques, metodologías, fuentes y líneas interpretativas. Pese a la significación de estos cambios, aún son escasos los trabajos de reflexión crítica sobre lo hecho por los historiadores argentinos en las últimas décadas. Este trabajo pretende analizar la producción de los historiadores argentinos en el campo de la historia social y desentrañar sus aspectos teórico metodológicos.

Palabras clave: historia social, historiografía argentina, metodología, grupos sociales, identidades

Groups and social identities in Argentina's social history over the past three decades.

A theoretical and methodological approach

Abstract

In Argentina, with the return to democracy in the 1980s, it began a process of rising professionalization of the discipline of history. The Argentine historiography soon experienced a remarkable expansion, together with an outburst of topics, approaches, methodologies, sources and different interpretations. Despite the significance of these changes, still there are few studies of critical reflection on what has been done by Argentine historians in recent decades. This research analyzes the production of the Argentine historians in the field of social history and unravels its theoretical and methodological aspects.

Key words: social history, Argentine historiography, methodology, social groups, identities

Grupos e identidades sociais na história social argentina das últimas três décadas.

Uma abordagem teórica e metodológica

Resumo

Na Argentina, com o retorno à democracia na década de 1980, iniciou um processo de crescente profissionalização da disciplina histórica. Historiografia Argentina logo experimentou uma notável expansão, acompanhada por uma explosão de questões, abordagens, metodologias, fontes e linhas de interpretação. Apesar da importância dessas mudanças, o trabalho de reflexão crítica sobre o que tem sido feito por historiadores argentinos nas últimas décadas ainda são escassos. Este artigo analisa a produção dos historiadores argentinos no campo da história social e desvenda os seus aspectos metodológicos.

Palavras chave: história social, historiografia, metodologia, grupos sociais, identidades



Fernando Remedi: Doctor en Historia por la Universidad Católica de Córdoba en 2005. Es director del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" en Córdoba (Argentina), investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET) y profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Córdoba. Sus líneas de investigación son: Grupos e identidades sociales, Historia social en Argentina y el trabajo femenino.



Recepción: 7 de agosto de 2012 Aprobación: 13 de noviembre de 2012

Grupos e identidades sociales en la historia social argentina de las últimas tres décadas.

Un abordaje teórico-metodológico

Fernando Remedi

Introducción

En el contexto del retorno de la democracia en Argentina en el decenio de 1980, se inició un proceso de reconstrucción de los espacios académicos y de una creciente profesionalización de la disciplina histórica, la cual se conectó cada vez más con las prácticas y las discusiones prevalecientes en Europa y los Estados Unidos, y fue acompañada de una notable expansión y diversificación de la producción historiográfica en su conjunto. La historiografía argentina experimentó, en un lapso relativamente corto, una notable expansión, acompañada de un estallido de temáticas, un pluralismo de referentes conceptuales y metodológicos y la emergencia de novedosas líneas interpretativas. Al final del siglo xx, ya se podía hablar de una historiografía argentina fragmentada, que se caracterizaba por un fuerte policentrismo temático, un marcado pluralismo teórico y metodológico, un generalizado eclecticismo, rasgos que se fortalecieron en los años siguientes y que prevalecen en la actualidad.

Hacia los años ochenta, la historia social lideró la renovación de la historiografía argentina y continúa siendo un sector vital de la profesión; sin embargo, en los últimos tiempos, la vanguardia historiográfica parecería haberse deslizado desde la historia social hacia las historias política, intelectual y cultural, acompañada de una significativa revitalización de la historia económica. Una aproximación al panorama de las revistas especializadas de historia, editadas en Argentina entre mediados de los años ochenta y la actualidad, pone de manifiesto una pérdida relativa de significación de la historia social, que en los años recientes tiene una producción editorial mucho menor a la que mantenía entre mediados de los ochenta y 2000. El panorama puede confirmarse casuísticamente, al pasar revista a muchos autores de los trabajos de historia social de los años ochenta y noventa que luego emigraron hacia el campo de la historia política.

En el marco de estas muy breves consideraciones contextualizadoras acerca de la evolución de la historiografía argentina en los últimos treinta años, el propósito de esta colaboración es avanzar en el análisis de la producción de los historiadores sociales argentinos de ese periodo desde una perspectiva teórico metodológica, modalidad de abordaje aún poco contemplada en las indagaciones acerca del desarrollo de la disciplina histórica, no sólo en Argentina sino también en América Latina.

Debido al horizonte temporal seleccionado y al volumen de trabajos existentes, se examina solamente la producción aparecida en las principales revistas de la disciplina editadas en Argentina.¹ Por otra parte, esta opción se fundamenta en que desde mediados de la década de los ochenta, como parte del proceso de creciente profesionalización de la disciplina, fueron surgiendo en el país las revistas académicas especializadas de historia, cuya edición continúa hasta la fecha.

1 La historia social: grupos sociales e identidades

Más allá de las dificultades para definir el campo de estudio de la historia social, puede afirmarse que la estructura social y los grupos sociales constituyen la problemática que estuvo siempre en el centro de las preocupaciones de los historiadores sociales, aunque las perspectivas teóricas y metodológicas que presidieron las investigaciones sobre la cuestión en el ámbito internacional cambiaron mucho desde la segunda posguerra mundial hasta la actualidad.

La historia social hegemónica hasta la década de los setenta emergió como una historia económico-social, donde los grupos sociales se definían a partir de las diferencias económicas, en principio como grupos separados y más o menos antagónicos por su distinta posición en la producción y el intercambio y sus divergencias de intereses. La estructura social se concebía como un sistema de relaciones cuasi institucionalizadas entre los diversos protagonistas de la vida económica, definidos por su papel en los procesos de producción, intercambio y acumulación. Los criterios empleados para definir a los grupos sociales eran clasificatorios y unidimensionales. Clasificatorios, porque los individuos concretos se distribuían en grandes categorías previamente definidas. Unidimensionales, porque esa distribución se hacía a partir de un criterio clasificatorio que se estimaba esencial: socioeconómico, étnico y, más recientemente, de género. Aunque se recogieran otras variables, siempre había —explícita o implícitamente— una de ellas que era dominante en última instancia y explicaba la estratificación y la jerarquía social. Parecía existir una continuidad entre la descripción de las propiedades sociales de un conjunto de personas, su función y su existencia como grupo. De este modo, se tenía una visión esencialista de los grupos sociales, que se veían como entidades naturales. Podía

1. Las revistas relevadas para este trabajo fueron: *Andes, Anuario de la Escuela de Historia* (Rosario), *Anuario IEHS, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Cuadernos de Historia, Desarrollo Económico, Entrepasados, Población & Sociedad, Prohistoria, Revista de Estudios Marítimos y Sociales, Trabajos y Comunicaciones, Travesía.*

discutirse sobre la composición y el contenido social concreto de los grupos, pero había un consenso en torno a que los actores sociales colectivos existían como tales.²

Desde fines de los setenta, en el marco de los profundos deslizamientos teórico metodológicos experimentados por la disciplina histórica en su conjunto, la historia social rechazó la concepción esencialista de los grupos sociales y comenzó a plantearse, de distintas formas, que ellos no eran un dato de la realidad histórico social, sino el resultado contingente de un proceso social activo y complejo de construcción, donde interactuaban variables sociales, culturales, económicas, políticas, organizativas, entre otras. La historia social contemporánea considera que en la indagación de la sociedad y los grupos sociales es legítimo partir de un grupo humano entendido como categoría analítica, siempre que luego se le impregne de las relaciones sociales que contribuyen a la emergencia de los grupos como actores colectivos. Es imprescindible considerar la trama de las relaciones establecidas entre los actores individuales, entre ellos y el grupo y, a partir de ellas, indagar el proceso de construcción de los colectivos sociales. Además, se tomó conciencia de la pluralidad de variables en función de las cuales puede ser clasificada una persona: sexo, edad, lugar donde vive, actividad profesional, riqueza, alfabetización, estatuto jurídico, etc. Y nada parecía indicar que una sola de esas variables bastara para definir la pertenencia a un único grupo social.³

Ya hacia fines de los ochenta, el interés de los historiadores sociales por las estructuras sociales y las relaciones de clase, se desvaneció, al tiempo que aparecían en primer plano los temas de la identidad, la cultura, el discurso y la representación.⁴ El giro cultural en la historia social tomó forma como una crítica a la naturalización del mundo social. La vida social es una construcción de los individuos; las acciones humanas no podían observarse del mismo modo que los objetos naturales, exteriormente, como un espectáculo que se desarrolla en una orientación irreversible y necesaria, sino que debían establecerse los motivos del actor, sus intenciones o propósitos en el momento de llevar a cabo la acción que, a su vez, determinan la producción de los fenómenos y procesos históricos.⁵

En este contexto, los historiadores sociales cuestionaron fuertemente las categorías esencialistas como clase, nación, raza, género; lo que fundamentalmente se rechazaba era la visión que interpretaba estos conceptos como pseudo sujetos —“actores alegóricos”— del proceso histórico y como entidades unitarias e internamente homogéneas, porque ello conducía a conclusiones esencialistas acerca del comportamiento de grupo. Como contrapartida, se postulaba que las identidades eran algo fluido, múltiple, fragmentado, cambiante.

2. Jacques Revel, “L’institution et le social”, *Les formes de l’expérience. Une autre histoire sociale*, dir. Bernard Lepetit (Paris: Albin Michel, 1995) 69.

3. François-Xavier Guerra, “El análisis de los grupos sociales: balance historiográfico y debate crítico”, *Anuario IEHS* 15 (2000): 117.

4. Joan Sangster, “Historia social”, *Historia Social* 60 (2008): 215.

5. Beatriz I. Moreyra, “Los desarrollos de la historia social contemporánea: ¿Hacia un nuevo giro social?, *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, coord. Silvia C. Mallo y Beatriz I. Moreyra (Córdoba y La Plata: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” / Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, 2008) 71-72.

En este sentido, es evidente el desarrollo notable y la prioridad que en la historia social de las últimas décadas merecen formas de agrupamiento e identificación distintas de la clase: género, etnicidad, identidades culturales y territoriales. Una nota dominante de buena parte de la historia social internacional más reciente consiste en la pérdida de la primacía que durante décadas había ostentado la identidad de clase, ahora devenida una identidad colectiva más, equiparable a las que se basan en la raza, la etnia, la nación, el género, la religión o la pertenencia al pueblo.⁶ Los criterios de identidad y deslinde ya no son sólo los anclajes estructurales, sino también las dimensiones subjetivas, los factores culturales, las diferencias étnicas, las cuestiones de género, entre otros.

2 La historia social y el estudio de los grupos y las identidades sociales en Argentina

En la historia social argentina sobre la estructura social y los grupos sociales pueden delinearse, a grandes rasgos, —siguiendo a Beatriz Moreyra— algunas etapas mayores de desarrollo,⁷ en sintonía con los cambios experimentados en el país por la disciplina histórica en su conjunto.

La primera de ellas se desarrolló hasta mediados del siglo xx, bajo la influencia de la llamada Nueva Escuela Histórica. Esta denominación aludía a una profunda renovación de los estudios históricos en Argentina, que se produjo durante las primeras décadas del siglo xx, momento en el cual se sitúan los inicios de la constitución de un campo intelectual e historiográfico y también el origen de la historia profesional en el país. La Nueva Escuela Histórica se caracterizó por la rigurosa aplicación de principios metodológicos difundidos en Europa en la segunda mitad del siglo xix; enfatizaba el rigor metódico como piedra de toque de la validez de cualquier construcción historiográfica y denotaba así su fuerte filiación con la historiografía positivista.⁸

En el transcurso de esta etapa, se privilegió un abordaje de los grupos sociales como un modo de llenar las lagunas de una historia general, o bien el análisis se centró en algún sector social o representante de él, inmerso dentro de la configuración de una matriz política, caracterizada por la erudición fáctica y anecdótica, sin ahondar en los mecanismos internos de funcionamiento de las sociedades.⁹

La segunda gran etapa se gestó durante la “primavera renovadora” de los estudios históricos que se desarrolló en Argentina entre mediados de los años cincuenta y 1966. En este periodo se produjo una renovación que conllevó la exis-

6. Manuel Pérez Ledesma, “La construcción de las identidades sociales”, *Identidades y memoria imaginada*, eds. Justo Beramendi y María Jesús Baz (Valencia: Universitat de Valencia, 2008) 33.

7. Beatriz Moreyra, “Tradicición y renovación en los estudios sobre grupos sociales en la historiografía social cordobesa (Argentina)”, *Diálogos* 7 (2003): 70.

8. Beatriz Inés Moreyra, “La historiografía argentina del siglo xx: una mirada cuasi secular”, *La Escritura de la Historia. Una mirada sobre las prácticas y los discursos de los historiadores de Córdoba (Argentina)*, comp. Beatriz I. Moreyra (Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”, 2002) 23–25.

9. Moreyra, “Tradicición...” 72–73.

tencia de una dualidad historiográfica entre la ya aludida Nueva Escuela Histórica y los denominados “historiadores sociales”. El programa renovador surgió estrechamente ligado a las ciencias sociales, que tuvieron una expansión vertiginosa, y a la internacionalización creciente de la actividad historiográfica. La renovación historiográfica argentina fue una tendencia con cierto grado de imprecisión, fruto de una triple influencia: la de los *Annales* franceses, la de la sociología funcionalista y la de la economía del desarrollo, a lo que se añadía el carácter intrínseco del programa de los *Annales* —el grupo que tuvo más influencia en esta tendencia renovadora— caracterizado por ser heterogéneo y poco doctrinario.¹⁰

Al calor de esa “primavera renovadora” de los estudios históricos tomó forma una historiografía donde la dimensión económica ocupó un lugar central. Se trató de una historia económico social más que estrictamente social, que cuando mostraba inquietud por los grupos sociales, abordaba su análisis a partir de la aplicación de criterios clasificatorios exógenos y más bien unidimensionales —esencialmente económicos, también socio-demográficos, socio-étnicos—, trabajaba con agregados masivos y anónimos cuyo comportamiento estaba estructuralmente determinado por fuerzas o mecanismos que escapaban al control de los sujetos, y la labor empírica consistía en la explotación de fuentes que permitían un tratamiento cuantitativo y estadístico. Aquellos que compartían algunas propiedades o características automáticamente pasaban a formar parte de un grupo que la clasificación presentaba como homogéneo, incluso se suponía la existencia de un interés común.

Por su marginalidad institucional, su insularidad y la inestabilidad de la vida política y cultural nacional, las tendencias renovadoras de los años sesenta no alcanzaron una posición predominante en el paisaje historiográfico argentino.

Debido a factores político institucionales, es hacia mediados de la década de los ochenta que en Argentina comenzaron a tomar forma visible nuevas maneras de acercarse al pasado. En este contexto comenzó una nueva etapa de renovación de los estudios sobre los grupos sociales, inspirada sobre todo en la *history from below* de los historiadores marxistas británicos.¹¹ En esta etapa de la historiografía argentina nos situaremos concretamente de aquí en adelante.

3 Grupos e identidades en la historiografía social argentina de las últimas décadas

La producción de historia social argentina relevada en las revistas especializadas nacionales del periodo que va desde mediados de los años ochenta hasta la actualidad, exhibe, como una característica particularmente evidente, una significativa dispersión y una gran heterogeneidad interna. Esos dos rasgos, ya visibles en las décadas de los ochenta y noventa, crecieron sensiblemente en el último decenio, dejando ver un fuerte policentrismo, cierta atomización en materia de temas y

10. Moreyra, “La historiografía...” 46, 52, 57-59.

11. Fernando J. Remedi, “El ‘retorno’ a la democracia y el oficio del historiador en América Latina. El caso de la Argentina en los años 80”, *Diálogos* 14:1 (2010): 83-110.

problemáticas y la ausencia de núcleos aglutinantes o articuladores. En el caso específico de la historia social colonial, como señalaba hace unos pocos años Nidia Areces, en el “afán por clasificar los diferentes grupos sociales, se olvida que lo interesante es caracterizar la sociedad en su globalidad”; de ahí lo que ella destacaba como algunas líneas de indagación que, en el campo aludido, “buscan alcanzar respuestas más complejas y satisfactorias al fenómeno social en su conjunto”.¹² A lo señalado hay que añadir que, en el transcurso de la última década, los intereses de los historiadores sociales argentinos se proyectaron hacia recortes temporales y espaciales, en especial los primeros, antes poco transitados. Si bien persiste un marcado interés por el viraje del siglo XIX al XX, la época de la construcción de Argentina moderna, se advierte una atención —aún limitada pero creciente— por indagar en las elites de los años 1930–1940, los sectores medios en la primera mitad del siglo XX y los trabajadores desde el peronismo en los años cuarenta, incluso hasta la dictadura militar de 1976–1983 y el retorno a la democracia en ese último año.

La producción historiográfica pone de manifiesto una visión pluralista de la sociedad, ya que se dedica al estudio de múltiples y variados grupos sociales, definidos a partir de diversos criterios de agrupamiento e identificación (clase social, ocupación, sexo, género, edad, etnia), lo que devuelve una imagen, aunque fragmentada, más compleja acerca de la sociedad argentina. En años recientes, los sujetos sociales en los cuales se centra la atención se multiplicaron respecto a la producción historiográfica precedente, prácticamente monopolizada durante los años ochenta y noventa por los sectores populares y los trabajadores. Durante el último decenio surgen nuevos grupos, entre ellos, las elites, los sectores medios, las mujeres, los niños, los pobres, las familias, los esclavos, los pueblos originarios, los homosexuales, los enfermos, los médicos, los intelectuales. Entonces, en cierto sentido, se puede afirmar que la historia social argentina más reciente se ha tornado más plenamente social, al dejar de ser tan obrera, primero, y tan focalizada en el mundo de los trabajadores, después, para comenzar a prestar seria atención a muchos otros sujetos sociales que ahora han irrumpido legítimamente en el escenario de la historia. Dentro de esta proliferación de nuevos sujetos sociales, quizás lo más destacable son las elites y las mujeres, que habían comenzado a esbozarse, tímidamente, como nuevos núcleos de interés historiográfico hacia fines de los años noventa, con más intensidad las mujeres que las elites.

El interés por la incorporación de las mujeres en la historia era parte de un clima de época historiográfico que en Argentina había comenzado a perfilarse hacia los años ochenta, y una de sus manifestaciones fue el inicio de las periódicas Jornadas de Historia de las Mujeres, cuya primera edición tuvo lugar en 1991. De todos modos, para esos años, la historia de las mujeres era un fenómeno historiográfico que en Argentina apenas comenzaba a despuntar, como se infiere de las conclusiones de dicho encuentro que destacaban “la vitalidad expresada por este nuevo campo que aún no tiene caminos definidos ni una producción sólida”.¹³

12. Nidia R. Areces, “Una ‘vieja conocida’, la historia social y su sentido en el campo de los estudios coloniales”, Mallo 101.

13. Néilda Eiros, “Primeras Jornadas de Historia de las Mujeres, Luján, 1991”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*

Entonces la mayor preocupación en ese campo aún era sacar a las mujeres de la tradicional invisibilidad a las que las había sometido una historia androcéntrica. Existía un interés por comenzar a acercarse a la experiencia de las mujeres en el pasado, superar las imágenes prescriptivas y reconstruir su realidad cotidiana vivida.

Ya en los inicios de este movimiento, algunos de los trabajos se preocuparon por las particularidades de la integración femenina al mundo laboral; intentaron aproximarse a la experiencia de las trabajadoras y rescatar su especificidad, que permitiría distinguirla de la vivida por sus pares varones. Se puso de manifiesto que dicha especificidad sólo era comprensible mediante una explicación histórica compleja que articulara factores económicos y estacionales con otros de distinta naturaleza, como los patrones culturales, en concreto, la visión existente sobre el trabajo femenino y la posibilidad efectiva de combinar con éxito los papeles de trabajadora, esposa, madre y ama de casa.¹⁴ Aunque sin una preocupación particular por la experiencia de las mujeres, otros trabajos también contribuyeron a sacarlas de su tradicional marginación e invisibilidad, incorporándolas como sujeto a la historia social argentina, a partir de su participación en distintos contextos: como trabajadoras –dentro del mercado y el proceso de trabajo–, como militantes sindicales y políticas –participantes en huelgas, manifestaciones, actividades de propaganda, etc.–, como personas –en su vida cotidiana. Todo esto, sin pretender hacer historia de las mujeres ni mostrar una preocupación manifiesta por reconstruir la especificidad de su experiencia, pero sí incorporándolas también –junto a los hombres– como protagonistas de la historia.

El estudio de las elites aparece en las revistas como una de las novedades historiográficas de la última década, aunque el interés por ellas había comenzado a advertirse hacia los años noventa. Se pueden distinguir dos tendencias más generales en el estudio de las elites. Por un lado, aquellos trabajos que las investigan focalizándose su mirada sólo (o casi) en su relación con el poder político. El centro de atención está, fundamentalmente, en lo político y en el intento de comprender las prácticas y las estrategias de los individuos y las familias para alcanzar y conservar el poder. Se trata, más que de historia social propiamente dicha, de una especie de historia política socialmente fundamentada, que incorpora aspectos sociales para explicar la dinámica del poder político. Este tipo de historia concentra la mirada sólo en las elites, que aparecen cerradas hacia el interior, más bien aisladas del conjunto social, y examina los manejos de las familias, las alianzas y estrategias entre y dentro de ellas, la formación de redes, los intercambios y las prácticas del grupo que tienen como fin la consecución y preservación del poder político. La otra línea de investigación se ubica dentro del campo de la historia social e indaga las elites centrándose en su constitución y su dinámica, a partir de sus prácticas y representaciones. Desde esta perspectiva y desde un grupo específico –las elites–, se examina la estructuración social, es decir, la construcción y reproducción de la

.....
 "Dr. Emilio Ravignani" 5 (1992): 133.

14. Mirta Zaida Lobato, "Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del Frigorífico Armour, 1915-1969", *Anuario IEHS* 5 (1990): 188-189.

sociedad, la organización y gestión de sus diferencias, especialmente entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Se busca esclarecer el proceso que lleva a construir, mediante las prácticas y las representaciones, la distinción social en un contexto de sensible movilidad social ascendente y aluvión inmigratorio. Por medio del estudio de la práctica, los usos y significados, así como de las apropiaciones materiales y simbólicas del duelo de honor, se indaga la heterogeneidad y los mecanismos de jerarquización que funcionaban en el interior de las elites, sobre todo la construcción social de la distinción.¹⁵ Lo mismo sucede cuando se analizan el estilo de vida y la sociabilidad de las elites como un canal para la producción de la distinción social; una sociabilidad cuyo eje estructurador serían las actividades ociosas y que serviría como medio de agrupamiento social y de definición y construcción de un estilo de vida.¹⁶ Esta línea de investigación sobre las elites se concentra, entonces, en sus maneras, conductas, estilos de vida o normas, como elementos vitales en el proceso de construcción de la diferencia en Argentina moderna.

Esta diversidad de las perspectivas analíticas que tiene como fin reconstruir la estructura social y de ahí comprender la estructuración social y la dinámica social se advierte también en el terreno de la historia colonial.

Con el propósito de dar cuenta de la complejidad de la sociedad de ese periodo, las líneas de análisis más recientes se concentran—en palabras de Areces— en “los mecanismos de gestión de las relaciones”; de acuerdo con ella, se puede observar

[...] el desplazamiento del interés desde los grupos a las dinámicas sociales; no sólo interesa que un individuo sea noble, comerciante o campesino, sino lo que hace ese individuo [...] sus prácticas sociales [...] dando así cuenta de la trama social y de los valores que imperan en la misma y que condicionan las conductas y los comportamientos.¹⁷

En el mismo sentido, los trabajos sobre los sectores populares rurales bonaerenses parece que subyace la preocupación por conocer cuál era la dinámica social y el funcionamiento efectivo de las relaciones sociales reales en las cuales estaban involucrados los sujetos agrarios, se trate de sus vínculos con pares o con individuos de otra extracción social. En última instancia, lo que interesa es desvelar el funcionamiento real del mundo rural —o, al menos, de algunos de sus aspectos—, no sólo en función de las posiciones que las personas ocupan en la estructura social sino, sobre todo, a partir de las redes de relaciones interpersonales. Se trata de indagar el universo relacional de los sujetos rurales en el mundo social a escala humana, destacando cómo concretamente unos individuos se vinculaban con otros, mediante solidaridades y reciprocidades, conflictos y resistencias, intentando aproximarse, parcial y fragmentariamente.¹⁸

15. Sandra Gayol, “Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las élites finiseculares”, *Entrepasados* 31 (2007): 55-75.

16. Leandro Losada, “La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)”, *Entrepasados* 31 (2007): 81-96.

17. Areces 102.

18. El funcionamiento efectivo de las redes de las que participaba permitió que Liberato Pintos fuera “un pobre (rico) pastor de la campaña”: pobre en bienes y rico en capital relacional, por haberse integrado por vía matrimonial a una red cuya activación le

Junto a los nuevos sujetos sociales que emergen en la historiografía de la última década están presentes otros ya consagrados en ella desde mediados de los años ochenta, como son los sectores populares y los trabajadores. En los últimos años, estos estudios no sólo comparten las preocupaciones de los historiadores sociales argentinos sino que, además, muestran cierta remisión en su presencia en las revistas, quizás un síntoma más de lo que Juan Suriano califica como “paralización”, “estancamiento”, “estado letárgico”, “falta de vigor y anemia”¹⁹ de la denominada “nueva historia de los trabajadores”.

Hacia la década de los ochenta, la historiografía social argentina relativa a “los de abajo” comenzó a experimentar una profunda renovación, pasando de una tradicional historia del movimiento obrero a una historia social de los trabajadores. Esta renovación tenía como referente intelectual a la *labour history* británica que se venía desarrollando desde los años sesenta. Escrita en general bajo esa influencia, la historia social de los trabajadores que comenzó a cultivarse desde los ochenta supuso un claro distanciamiento temático, metodológico e interpretativo, a la vez que una superación, de la tradicional historia del movimiento obrero. La vieja o clásica historia obrera había sido concebida en clave política e ideológica y construida desde una matriz metodológica propia de la tradicional historia política institucional; una historia-relato acontecimental, idealista, lineal y progresiva. En los años ochenta, la historia del movimiento obrero, escrita tradicionalmente por sus militantes, a la cual se había añadido otra más reciente, elaborada en el medio académico por historiadores y científicos sociales,²⁰ sin desaparecer, comenzó a ser desplazada del centro de la escena por una historia social de los trabajadores, menos institucional, que trasladó su interés de los líderes sindicales a las bases, de los trabajadores organizados a la totalidad de ellos, del ámbito laboral y las protestas y movimientos de fuerza a los espacios extra laborales y la vida cotidiana. Mucho más significativo aún, la renovación supuso un giro desde una historia social de corte estructural, donde los mecanismos profundos subyacentes a las acciones humanas habían devenido los verdaderos

permitted imponerse en el conflicto legal que el pastor Pintos mantuvo con el estanciero Fernández. Dice Garavaglia: “Tenemos así la paradoja –aparente– de Liberato Pintos, un hombre realmente ‘pobre’ en bienes materiales, simple labrador y pastor, pero, que es rico en redes relacionales de viejo arraigo [...] Liberato se pasea por las aguas relacionales de San Vicente como un pez en un tranquilo estanque. Del otro lado, tenemos a un ‘rico estanciero’ como Fernández que sin embargo no tiene la posibilidad de armar una red equivalente de testigos con arraigo local.” Juan Carlos Garavaglia, “Pobres y ricos: cuatro historias edificantes sobre el conflicto social en la campaña bonaerense (1820/1840)”, *Entrepasados* 15 (1998): 19–40.

19. Juan Suriano, “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”, *La historia económica argentina en la encrucijada*, comp. Jorge Gelman (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006) 286, 289, 300.
20. Según Romero y Gutiérrez, los “historiadores militantes” definieron un “tipo historiográfico” que luego influyó fuertemente en los historiadores profesionales, pese a que éstos contaban con instrumentos metodológicos más complejos y una base heurística mucho más amplia. Dicha influencia se habría materializado en tres características de la producción historiográfica profesional. Primera, dentro de los sectores populares se recortó un sujeto específico: los trabajadores urbanos organizados sindicalmente. Segunda, se recortó un campo de análisis, circunscripto a la existencia de los sujetos como trabajadores, su acción gremial, sus organizaciones e ideologías y los intelectuales y partidos que los dirigían. Tercera, los hechos eran presentados linealmente y sin jerarquías y se narraba “sin deducir de lo narrado las explicaciones”, “literalmente tomadas de las historias generales del movimiento obrero europeo.” Luis A. Romero y Leandro Gutiérrez, “Los sectores populares y el movimiento obrero en Argentina: un estado de la cuestión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 3 (1991): 110–111.

protagonistas de la historia, hacia una historia de los trabajadores que los concebía como sujetos activos, protagonistas conscientes, reflexivos y efectivos de los procesos de cambio histórico-social.

Pese a la filiación invocada con la *labour history* británica, en la “historia desde abajo”, cuya construcción promovieron los historiadores sociales argentinos, se percibe un abandono de la categoría analítica clase obrera y su reemplazo por la de sectores populares, tras haber asumido en un inicio la noción más general de trabajadores, propia de Hobsbawm. La categoría analítica “sectores populares”, mucho más amplia y abierta, por arriba y por abajo, de fronteras imprecisas y móviles, parecía más adecuada para la investigación sobre la sociedad argentina de fines del siglo XIX e inicios del XX, en construcción y profunda transformación. La categoría sectores populares no excluía, al menos como horizonte, la de clase social. En este sentido, en un trabajo de inicios de los años noventa se señalaba:

[...] utilizamos el concepto ‘sectores populares’ asumiendo deliberadamente su ambigüedad e imprecisión, entendiéndolo no como un sujeto histórico definido, sino como un área vagamente delimitada de la sociedad en la que se constituyen históricamente sujetos diversos. [...] un campo de la realidad donde buscar, en el proceso histórico, identidades y actores más definidos”.²¹

En la práctica historiográfica concreta, esa opción teórico metodológica conllevó en los años ochenta y noventa el eclipsamiento de la clase obrera –también el de su contraparte, la burguesía– y en su lugar la emergencia de unos muy amplios –casi omnicomprendivos– sectores populares frente a unas circunscriptas elites dominantes que, pareciera inferirse, eran concebidas como homogéneas internamente. De esta historia social elaborada en los ochenta y noventa parece desprenderse una imagen un tanto simplificada de la modernización de la sociedad argentina de entre siglos, que la hace aparecer como bipolar –elites dominantes/sectores populares– y donde las relaciones entre ambos polos son, estrictamente hablando, relaciones entre el Estado y los sectores populares, no entre dos grupos sociales, ya que las elites no aparecen como grupo sino como uniones identificadas llanamente con el Estado.

Los autores de esa producción sobre los sectores populares urbanos, mediante sus investigaciones, publicaciones y espacios de encuentro contribuyeron a delinear un canon teórico metodológico para la práctica de la historia social profesional y académica que en los años ochenta y noventa se convirtió en dominante, expansivo y, finalmente, hegemónico dentro de la historiografía social referida a Argentina del viraje del siglo XIX al XX, lo cual quizás obstruyó el desarrollo de otras modalidades alternativas de trabajar en ese campo.

Esas formas alternativas de concebir la “historia desde abajo”, algo visibles en los noventa, en la última década exhiben una producción sobre la “clase obrera” en las revistas especializadas en el tema, aunque se trata de publicaciones

21. Aníbal Viguera, “Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”, *Entrepasados* 1 (1991): 7-8.

de reciente aparición o que no ocupan aún un lugar muy reconocido dentro de la historiografía argentina. Como apreciación general, más allá de su diversidad interna,²² puede decirse que esa historia obrera pone énfasis en categorías como conflicto, lucha de clases y, especialmente, clase social; sus referencias teóricas y metodológicas fundamentales remiten a Marx y Gramsci. La producción proveniente del Grupo de Investigación de los Procesos de Trabajo (del Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales, CEICS) se concentra de modo casi excluyente en los cambios acaecidos en dichos procesos, a riesgo de contribuir a una explicación unidimensional o monocausal de la construcción histórica de la clase obrera. Esto pese a que se reconoce que en los procesos de trabajo los obreros sólo pueden observarse como un atributo del capital y que, por lo tanto, la línea de indagación promovida asume, explícitamente, un carácter parcial. En el caso de la producción procedente del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), la atención se focaliza exclusivamente en el enfrentamiento social, en concreto en las huelgas y, a falta de ellas, en los “microconflictos” que acontecen en los lugares de trabajo dentro de las fábricas. La focalización en el conflicto resulta de la convicción profunda de estos historiadores de que la clase obrera sólo se constituye en la confrontación social. El punto de partida teórico metodológico de esta historia obrera es un modelo de ambición globalizante que distingue tres dimensiones (economía, política y cultura), pero que es aplicado de modo claramente reduccionista en, al menos, dos sentidos: la política se reduce sólo a la confrontación y la cultura, a veces colocada entre comillas, aparece equiparada lisa y llanamente con las formas de la conciencia o la ideología. Por lo común, el relato histórico es *événementielle*, poco interpretativo y las conceptualizaciones resultan de la aplicación, casi inmediata y sin matices, de referencias teóricas provenientes de Marx y Gramsci.

La proliferación de sujetos sociales en la historia social argentina de la última década es el resultado del reconocimiento de la coexistencia de una diversidad de clivajes dentro de la sociedad y, como consecuencia, de la pluralidad de variables en función de las cuales una persona puede ser caracterizada y agrupada, así como de la admisión del carácter múltiple, fragmentado y cambiante de las identidades sociales. En sintonía con la historia social contemporánea internacional, identidades (sociales, étnicas, genéricas, etarias, sexuales, profesionales, etcétera) es una categoría analítica que ganó predicamento en la producción sociohistórica argentina reciente. En este avance de los estudios sobre las identidades sociales, una significativa —y por demás compleja— cuestión pendiente es problematizar y tratar de esclarecer históricamente cómo cambian las identidades y, sobre todo, cómo ellas se articulan entre sí. Así, en el caso de la historia colonial —según Areces, especialista en la materia— “sería deseable impulsar un diálogo entre los análisis de clases y de etnias”, “conceder tanta atención teórica a las divisiones internas de las clases como al *problema de los límites étnicos*” y “pensar en complejos enmascaramientos

22. Para una aproximación a esa diversidad pueden contraponerse los argumentos sostenidos en: Marina Kabat y Eduardo Sartelli, “¿Clase obrera o sectores populares? Aportes teóricos y empíricos para una discusión necesaria”, *Anuario CEICS 2* (2008): 7-30 y Nicolás Iñigo Carrera, “La historia de los trabajadores”, Gelman, “La historia...” 271-284.

étnicos y clasistas que encierran increíbles posibilidades analíticas” para las sociedades de ese periodo.²³ El interrogante en torno a la relación entre las distintas identidades ya está presente, aunque tímidamente aún, en algunos trabajos, donde se observa una preocupación por cómo se articularon, en casos históricos concretos, las identidades de clase y de género, de clase y étnica, individual y social.²⁴

En conjunto, en los trabajos se advierte un decidido énfasis en la *human agency*, a partir de la cual los individuos y grupos se visualizan como protagonistas conscientes y reflexivos de los procesos de cambio histórico social, agentes efectivos en la construcción y transformación de la realidad, aunque sin descuidar la existencia y eficacia de los condicionamientos estructurales. En la producción historiográfica le subyace una concepción estructurista de lo social, que postula la existencia de una interacción causal e históricamente cambiante entre la acción humana y los mecanismos sistémicos y estructurales; la acción humana, aunque estructuralmente condicionada, es socialmente estructurante.

Así, en ruptura con algunas de las visiones historiográficas tradicionales, que ponían demasiado énfasis en las restricciones que gravitaban sobre el comportamiento de los gauchos en la pampa bonaerense en el periodo tardocolonial e independiente temprano, la historiografía más reciente rescata el carácter activo y los márgenes de autonomía de “los de abajo”, su libertad de elección –limitada pero no por ello menos real y efectiva– y su capacidad de negociación, pese a los condicionamientos que soportaban. En este sentido, sobre las frecuentes inasistencias al trabajo de los peones, el historiador Carlos Mayo señalaba ya en 1987:

[...] contra lo que quiere cierta historiografía tremendista que presenta al peón rural rioplatense poco menos que como un esclavo, nosotros creemos que aquel fue verdaderamente libre: libre de entrar y salir del mercado de trabajo, libre del endeudamiento, libre de circular de estancia en estancia, de elegir empleador y de tomarse ciertas licencias ante la rutina laboral.²⁵

Por supuesto, esa libertad no es absoluta; continúa Mayo:

[...] lo que afirmamos es que, en términos relativos, y dentro del hueco que la estructura social de la campaña les dejaba, los peones eran libres y tenían un poder de negociación probablemente superior a sus congéneres de la primera mitad del siglo xx.²⁶

De esta manera, la historiografía argentina experimentó desde los años ochenta, y profundizó en la última década, el deslizamiento observado en la historia social internacional, sintetizado en 2008 por Bernard Vincent de la siguiente manera:

23. Areces 100.

24. Mirta Zaida Lobato, “Niveles y dimensiones de análisis en el mundo del trabajo: notas a partir de una experiencia de investigación”, *Anuario IEHS* 22 (2007): 401-421; Dora Barrancos, “La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico en la Argentina)”, *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 111-128.

25. Carlos A. Mayo, “Sobre peones, vagos y malentretidos: el dilema de la economía rural rioplatense durante la época colonial”, *Anuario IEHS* 2 (1987): 31.

26. Mayo, “Sobre...” 31-32.

Antaño se hablaba de revolución cuantitativa, del anonimato de las masas y de la historia inmóvil. [...] Hoy las palabras maestras son experiencia individual, movilidad, estrategia. A un mundo donde casi todo era determinado ha sucedido un mundo donde se toman iniciativas por todas partes.”²⁷

En este sentido, varios trabajos reconstruyen las estrategias de diversos sujetos sociales, se trate del “comportamiento socialmente estratégico”²⁸ de las elites, que en un contexto de fronteras sociales porosas intentan hacerlas menos permeables, o de las “estrategias laborales de las mujeres”, cuyo acceso al trabajo depende de la decisión de la trabajadora (donde intervienen sus capacidades, motivaciones, expectativas, etc.) y también de los condicionamientos estructurales (transformaciones económicas, acción del Estado, mentalidades),²⁹ o de las “estrategias alimentarias de reproducción de los pobres”, que eran un universo complejo, diversificado, matizado y versátil que comprendía la apelación a diversos tipos de relaciones alternativas a (y complementarias de) las de mercado, para asegurar el acceso cotidiano a las subsistencias,³⁰ entre otros ejemplos. Junto a las estrategias ocupan un lugar destacado las manifestaciones de resistencia de “los de abajo” a los resortes del poder, inscriptas en los intersticios que éste deja y que revelan sus límites, se trate de las “transgresiones cotidianas” de los sectores populares a la ley,³¹ de “los enfermos que hacen huelga”,³² de “la puñalada de Amelia” al directivo de la empresa telefónica donde trabajaba,³³ o de la “indisciplina” de los obreros de una fábrica durante la última dictadura militar.³⁴

El énfasis en la *human agency*, sin descuidar las coacciones estructurales, permite explicar la apelación que los historiadores sociales argentinos hacen a modelos que giran en torno a la interacción entre la acción y la conciencia humanas y las estructuras condicionantes, tales como el marxismo culturalista británico, la teoría de la estructuración, o la teoría de la práctica, entre otros. En la producción de la última década se acrecienta sensiblemente el predicamento de referentes teóricos relativamente nuevos para la historia social argentina, como los provistos por Pierre Bourdieu y Norbert Elias. En otros trabajos se observa que, si bien siguen vigentes los aportes de Michel Foucault, a ellos se añaden otros como los de Michel de Certeau, que permiten rescatar la capacidad estructurante de los sujetos a partir de los intersticios que dejan los dispositivos de control y los mecanismos de disciplinamiento. Este eclecticismo es observable, por ejemplo, en un estudio de caso sobre

27. Bernard Vincent, “Tiempo de reaccionar”, *Historia Social* 60 (2008): 249.

28. Gayol 66, 72.

29. Silvana A. Palermo, “El trabajo femenino en el siglo xx: nuevas miradas y planteos de la historia de la mujer y los estudios de género. Introducción”, *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 102-103.

30. Fernando J. Remedi, “Los pobres y sus estrategias alimentarias de supervivencia en Córdoba, 1870-1920”, *Población y Sociedad* 12/13 (2005-2006): 165-201.

31. María Paula Parolo, “Conflictividad, rebeldía y transgresión. Los sectores populares de Tucumán en la primera mitad del siglo xix”, *Estudios Sociales* 29 (2005): 25-50.

32. Diego Armus, “Cuando los enfermos hacen huelga: Argentina, 1900-1940”, *Estudios Sociales* 20 (2001): 53-79.

33. Barrancos 111-128.

34. Daniel Dicósimo, “Indisciplina obrera en la industria metalúrgica durante el Proceso de Reorganización Nacional”, *Anuario IEHS* 22 (2007): 445-463.

la “indisciplina obrera” durante la última dictadura, en que se combinan Foucault y Michel De Certeau. Allí se concibe la disciplina industrial, siguiendo a Foucault, como un “mecanismo de poder” que busca aumentar la utilidad y la obediencia y desarmar las resistencias, a la vez que se recurre al concepto de “artes de hacer” propuesto por De Certeau y, concretamente, a sus “tácticas”, que son asimiladas con “un arte del débil”, en el caso considerado, los trabajadores de una metalúrgica.³⁵

La historiografía social argentina está atravesada, en términos generales, por un giro cultural, por el reconocimiento de la gravitación de lo cultural en la producción y reproducción de lo social.³⁶ En algunos trabajos sobre los sectores populares rioplatenses del siglo XIX, imbuidos de un enfoque histórico-antropológico, se subraya la mediación cultural de las relaciones sociales, que el funcionamiento del microcosmos social estaba permeado y recubierto de significados culturales eficientes para quienes participaban de él. Esta concepción aparece expuesta cuando se examina la reciprocidad campesina,³⁷ donde se subraya la profunda interpenetración entre la economía, la sociedad y la cultura, las fronteras difusas, imprecisas y móviles entre esas tres esferas y la circularidad de sus relaciones; por consiguiente, resulta difícil –si no imposible– comprenderlas sin tomar en cuenta esa compleja interrelación que hace que la economía funcione, rutinariamente, integrada a una matriz de relaciones sociales y significados culturales.

En el marco del giro cultural, los historiadores sociales cuestionaron las categorías sociales duras, fijas, esencialistas; se buscaba, desnaturalizar (o al menos desbanalizar) los mecanismos de agregación y asociación. En particular, la perspectiva cultural impuso una revisión profunda de los criterios de estratificación social rompiendo con el exclusivismo de la clase.³⁸ Existen varias y competitivas formas de subjetividad humana distintas de aquellas que nacen de la situación de clase. Los grupos se recortan dentro del espacio social a partir de criterios de identidad múltiples, basados en posiciones objetivas de clase, diferencias étnicas, de género, etc. Las identidades se conciben como algo fluido, múltiple, fragmentado, y la identidad social del individuo se transforma de un dato fijo y definitivo en un fenómeno plural, contingente, temporal, mudable, susceptible de adaptaciones en función de los contextos variables que lo envuelven.³⁹

Las identidades sociales y su conformación a partir de la experiencia de los sujetos es, sin duda, la cuestión central y de fondo que subyace a buena parte de los trabajos aparecidos entre finales de los ochenta y durante los años noventa sobre los

35. Dicésimo 450.

36. Entre muchos trabajos sobre el giro cultural en la historia social pueden verse: Geoff Eley, *Una línea torcida: De la historia cultural a la historia de la sociedad* (Valencia: Universitat de Valencia, 2008) 191-297; Paula S. Fass, “Cultural History/Social History: Some Reflections on a Continuing Dialogue”, *Journal of Social History* 37.1 (2003): 39-46; Beatriz I. Moreyra, “Los desarrollos de la historia social contemporánea: ¿Hacia un nuevo giro social?”, Mallo 65-91.

37. Juan Carlos Garavaglia, “De ‘mingas’ y ‘convites’: la reciprocidad campesina entre los paisanos rioplatenses”, *Anuario IEHS* 12 (1997): 131-139.

38. Jorge Uría, “La historia social hoy”, *Historia Social* 60 (2008): 247.

39. Sobre las identidades sociales y las preocupaciones de la historia social contemporánea pueden verse, entre otros: Carlos Forcadell Álvarez, “La historia social, de la «clase» a la «identidad»”, *Sobre la Historia actual: entre política y cultura*, ed. Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (Madrid: Abada Editores, 2005) 15-35; Pérez Ledesma 19-41.

sectores populares urbanos en el cambio del siglo XIX al XX. Por debajo de las diversas temáticas abordadas, el interés que señala la dirección de la producción en su conjunto es el esclarecimiento del proceso de construcción de una identidad obrera, tomando como punto de partida metodológico a los sectores populares. Para esa producción historiográfica, la construcción de la identidad social se produce a lo largo de un complejo proceso donde interactúan la experiencia de los sujetos sociales, culturalmente elaborada por ellos, y el influjo que otros grupos sociales tienen sobre ellos, especialmente sus representaciones –sus “miradas”– sobre el “otro” social.

Dentro de esa historiografía, una temática central son las condiciones materiales de existencia, las cuales constituían un sensible vacío en la historiografía social argentina de los ochenta. Pero además había una finalidad trascendente en esa línea de indagación, por la convicción de que unas condiciones materiales de existencia semejantes y compartidas –incluso sufridas– cotidianamente, serían un aspecto fundamental de la experiencia vivida por los sectores populares y una base para la construcción de una identidad social. En un trabajo de inicios de los ochenta, Leandro Gutiérrez señalaba que en los aspectos de la vida material con el tiempo se irían conformando ciertas

[...] características peculiares de los sectores populares, verdaderos atributos de su condición que, junto a los constituidos en el lugar de empleo, van a contribuir a la composición de la identidad en la cual los sectores populares se reconocerán y con la que se diferenciarán de otros grupos sociales”.⁴⁰

Sobre la base de ese tipo de planteamiento, se pone énfasis en señalar qué factores actuaron en la construcción de la identidad social: entre los estímulos se destaca la experiencia compartida del mundo del trabajo, de las condiciones materiales de existencia, de los espacios de la vida cotidiana; entre los obstáculos se subrayan la movilidad ocupacional y espacial, la diversidad étnica, cultural, nacional y regional, las distintas ideologías políticas, la segmentación laboral en el proceso productivo. Por lo común, no se observa una jerarquización clara de esos factores y, además, su acción aparece más como una superposición de ellos que como una articulación entre ellos; en todo caso, parece como si esta última se diera por hecha, ya que –salvo excepciones– su demostración empírica parece relativamente débil. En este punto, la producción parece resentirse por la insuficiencia del trabajo sobre las fuentes históricas y, quizá, por la tímida exploración de aquellas que suelen permitir un mejor acercamiento a la experiencia de los sectores populares, como –entre otras– los expedientes judiciales y las crónicas policiales.

En varios de los trabajos sobre los sectores populares rurales bonaerenses del siglo XIX también subyace la preocupación por el influjo de la cultura en la construcción de los grupos sociales. Varios autores hacen explícita la filiación thompsoniana de algunos de sus planteos historiográficos centrales. Eduardo Míguez, tras soste-

40. Leandro Gutiérrez, “Condiciones de vida material de los sectores populares en Buenos Aires: 1880-1914”, *Revista de Indias* 163-164 (1981): 169.

ner que concibe a las clases como lo hacía el marxismo culturalista británico, considera que el gaucho, no era una clase social y tampoco se definía por una inserción específica en la estructura social, mucho menos en la productiva, sino que era “una identidad cultural”. Parte fundamental de ella era “la mentalidad gauchesca”, dotada de una larga historia; dice Míguez:

El gaucho es una mentalidad no porque su cultura le aleje del mercado de trabajo o trabaje ocasionalmente, sino porque en contraste con el campesino europeo, el poblador rural de la campaña bonaerense no concibe su existencia como sujeta, sino como libre. No sólo no está legalmente sujeto a la tierra [...] Tampoco se siente sujeto a un señor, ni siquiera a la ley.⁴¹

La influencia del marxismo culturalista británico es aún más visible en los trabajos de Garavaglia de finales de los años noventa, quien asume explícitamente el uso de la noción clase social en la acepción que le concedía E. P. Thompson, considerando que tiene significativa capacidad heurística para sus estudios rurales del espacio rioplatense tardocolonial. Garavaglia es consciente de la variabilidad de la experiencia histórica y de que el contexto que examina tiene marcadas diferencias con el indagado por Thompson; sin embargo, recurre a esa categoría convencido de su utilidad y la usa como “expectativa”, dejando entrever su concepción de la investigación histórica como un diálogo permanente entre los conceptos y las teorías, por un lado, y la empiria y los datos históricos, por el otro. Tomando como punto de partida a un agrupamiento social —pastores y labradores— definido por ciertas afinidades o propiedades compartidas, en uno de sus trabajos Garavaglia se preocupa por el complejo proceso de construcción de la clase social, investigando uno de los elementos que, a su parecer, contribuye al mismo, como son las representaciones sociales.⁴² Deliberadamente, busca “establecer una conexión entre esas representaciones sociales y los procesos de construcción de las *clases sociales*”, en concreto, la que denomina “de los campesinos pampeanos del siglo XIX”.⁴³ Esas representaciones son aprehendidas por medio de los repertorios lingüísticos usados por los mismos actores sociales.

La preocupación por las identidades, su construcción y la emergencia de los grupos sociales, así como la influencia que en dicho proceso tienen las representaciones, también atraviesa la producción sobre las elites porteñas de finales del siglo XIX e inicios del XX. Los trabajos de la última década consagran parte de su esfuerzo a reconstruir las autorepresentaciones de las elites, considerando que ellas son significativas en la construcción de la distinción social y en la organización de las diferencias dentro de ese sector. Esas autorepresentaciones de las elites eran

41. Eduardo Míguez, “Mano de obra, población rural y mentalidades en la economía de tierras abiertas de la provincia de Buenos Aires. Una vez más, en busca del Gaucho”, *Anuario IEHS* 12 (1997): 172.

42. Garavaglia, “Pobres...” 19-40.

43. Juan Carlos Garavaglia, “Introducción”, *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX* (Rosario: Homo Sapiens, 1999) 6.

plurales y cambiantes, debido a la heterogeneidad de su propia composición social y a la existencia de una intensa movilidad social ascendente en una modernización que transformaba y complejizaba la estructura social.⁴⁴

Esta última aproximación está en sintonía con la línea de investigación en la historia social que se abrió en el ámbito internacional desde hace unas décadas, que postula la necesidad de retornar a las fuentes y prestar atención al lenguaje –los repertorios lingüísticos– y a las categorías clasificatorias utilizadas por los mismos sujetos históricos. Se plantea al análisis de los discursos de los actores como una herramienta para aprehender las interpretaciones y proposiciones sobre la estratificación social, un medio para reconstruir los sistemas de sentido concernientes a las clasificaciones sociales del pasado, examinando su origen, su utilización y los conflictos que generaban y de los cuales eran resultado.⁴⁵ En última instancia, se pretende comprender las estructuras sociales “desde el interior”. En cierto sentido, es lo que se plantea como una propuesta, entre otras, para la indagación de las sociedades coloniales; dice Areces:

La pregunta es entonces cómo proceder para intentar reconocer las etnocategorías (aquellas empleadas en el discurso testimonial de la época) que establecen cortes en lo social (para ejemplificar: español, indio, mestizo, encomendado, tributario, yanacona, mitayo, cacique, curaca, etc.), el significado de estas categorías y las funciones que cumplen en relación al sistema colonial del cual provienen.⁴⁶

Esta aproximación está lejos de adoptar los presupuestos del giro lingüístico. La producción examinada, en su conjunto, muestra más bien un rechazo del mismo y subraya –a menudo de modo explícito– los límites de la construcción discursiva de la realidad: lo social se construye también mediante el lenguaje y los discursos, pero no puede reducirse sólo a ellos. La atención prestada al carácter formativo de los discursos no se confunde con una subsunción de toda práctica social en prácticas discursivas, evitando así el riesgo del reduccionismo semiótico. La construcción de las identidades no puede reducirse a una lucha entre discursos, sin que sepamos de dónde proceden esos discursos y por qué cambian. Como lo subraya Pérez Ledesma, remitiendo a Bajtin y sus discípulos, el lenguaje es también un campo de lucha, pero no sólo de lucha entre discursos, sino también entre grupos sociales, sus experiencias y sus interpretaciones, lo cual otorga un papel más activo a los individuos y los grupos en la construcción de las identidades.⁴⁷ En los trabajos examinados, varios autores postulan la necesidad de una historia social que conciba al mundo como mucho más que “un texto”, pero que a la vez reconozca la importancia del

44. Leandro Losada, “Aristocracia, patriciado, élite. Las nociones identitarias en la élite social porteña entre 1880 y 1930”, *Anuario IEHS* 20 (2005): 389–408.

45. Simona Cerutti, “La construction des catégories sociales”, *Passés recomposés: Champs et chantiers de l’histoire*, ed. Jean Boutier y Dominique Julia (Paris: Autrement, 1995): 230.

46. Areces 101.

47. Pérez Ledesma 40.

lenguaje en la construcción de lo social.⁴⁸ Por ejemplo, se sostiene que el gaucho fue un sujeto social constituido también, aunque no exclusivamente, mediante prácticas discursivas de los sectores dominantes, es decir, en parte fue una construcción ficcional, literaria y discursiva, por lo que se puede entonces hablar, en cierto sentido, de “el gaucho que supimos construir”.⁴⁹

Pese a la diversidad de estrategias desplegadas, en la producción se percibe una preferencia por la escala micro de observación, se trate de una región, un partido o departamento, una ciudad, un barrio, una unidad productiva urbana o rural, un espacio asistencial, una institución hospitalaria, la vida de un sujeto nominado, entre otras. Esta estrategia no supone, al menos *a priori*, un desinterés por los grandes procesos, sino una modalidad alternativa de abordarlos, que se aleja de la tradicional aproximación macroanalítica y globalizante –dominante en la historia social argentina precedente– para examinar los grandes procesos desde los sujetos sociales concretos que actúan dentro de espacios reducidos, como los trabajadores y las trabajadoras que se desenvuelven en unidades productivas y lugares de trabajo, las elites y las relaciones parentales y sus espacios de sociabilidad, los enfermos y los médicos en los hospitales, los pobres y su vida cotidiana, etc. La opción por la estrategia microanalítica está íntimamente vinculada a la intención de adentrarse en los espacios vitales cotidianos de los sectores sociales y así intentar acercarse a la reconstrucción de sus experiencias.

El paso desde una aproximación macro hacia una micro analítica, concentrándose en partidos y estancias, fue crucial para revisar radicalmente la tradicional visión que la historiografía había elaborado sobre la estructura social agraria rioplatense del periodo tardocolonial y primera parte del siglo XIX; una historiografía que había construido ambiciosas generalizaciones basadas en un escaso o fragmentario sustento empírico y/o en una lectura poco crítica de los testimonios utilizados. El cambio de la escala de observación y un trabajo centrado fundamentalmente en fuentes, más numerosas y diversas, contribuyeron a demostrar que la sociedad rural del periodo tenía una estructura social compleja, que se alejaba de la tradicional y simple –simplificadora– imagen bipolar que giraba en torno al gran estanciero y el peón. Comenzó a dibujarse una imagen no polarizada, más compleja y matizada de la estructura social rural rioplatense, que contemplaba distintas gradaciones y realidades plurales: perdía centralidad el tradicional binomio gran estanciero–peón, emergían muchos actores –pastores, labradores, Estado–, parecían perder gravitación otros –el gaucho– y se revelaban formas de producción y relaciones sociales más complejas y diversificadas, incluso geográficamente variables al interior del espacio considerado.⁵⁰

48. Diego Armus, “El viaje al centro: tísicas, costureritas y milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 22 (2000): 101-124; Graciela Queirolo, “El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940)”, *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 129-151.

49. Jorge Gelman, “El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la Historia Argentina”, *Entrepassados* 9 (1995): 32, 36.

50. Oreste C. Cansanello, “Sobre los orígenes de la sociedad bonaerense. Continuidades y perspectivas. El estado actual de algunas cuestiones”, *Anuario IEHS* 12 (1997): 79-89; Carlos A. Mayo, “¿Una campaña sin gauchos?”, *Anuario IEHS* 2 (1987): 60-70; Juan Carlos Garavaglia, “¿Existieron los gauchos?”, *Anuario IEHS* 2 (1987): 42-52; Jorge Gelman, “¿Gauchos o campesinos?”, *Anuario IEHS* 2 (1987): 53-59; Míguez 163-173.

A modo de cierre

Como aproximación al conjunto de la producción historiográfica argentina de las últimas tres décadas, sobre los grupos sociales se puede destacar que ésta se caracteriza, desde el punto de vista teórico-metodológico, por un giro antropocéntrico que ha resucitado al hombre antes sepultado bajo el peso de las estructuras socioeconómicas y materiales, y lo ha colocado en el centro del escenario histórico y de las preocupaciones de los historiadores; una visión pluralista de la sociedad y la multiplicación de los sujetos históricos (cierto eclipsamiento de los trabajadores, un creciente interés por las elites y las mujeres); el reconocimiento de la pluralidad identitaria de los individuos y una marcada preocupación por las cambiantes identidades sociales; un decidido énfasis en la capacidad transformadora y estructurante de la acción humana (dentro de las restricciones estructurales existentes); un paso desde la estratificación social a la estructuración social, desde el interés por describir las estructuras sociales y los grupos que constituyen la sociedad hacia el deseo de comprender los modos de estructuración social y los grupos que construyen la sociedad; la importancia creciente atribuida a la cultura (en sentido amplio) en la construcción y reproducción de las formas sociales y los actores; la utilización de referentes conceptuales y teóricos relativamente novedosos para la historiografía local; un marcado predominio de las escalas micro de observación de lo social; un sensible interés por aprehender las experiencias vividas por los sujetos y grupos en el marco de algunos de los procesos históricos amplios del pasado argentino; y una importante extensión de la investigación documental.

Desde estos presupuestos teórico metodológicos, la producción de los historiadores sociales argentinos se muestra en clara sintonía con las grandes tendencias historiográficas internacionales, en concreto, con los profundos deslizamientos producidos desde finales de los años setenta, cuando comenzó a colapsarse definitivamente el edificio de la historia sociocientífica —estructural, totalizante, determinista, atemporal, cuantitativa— construida bajo la impronta de los paradigmas macrosociales, globalizantes y estratificados provistos, sobre todo, por el marxismo, los estructuralismos y el funcionalismo.

Con el análisis efectuado se espera contribuir a un avance en el conocimiento más preciso de las tendencias mayores que atraviesan el campo de la historia social de las últimas décadas en Argentina, en un contexto historiográfico que se caracteriza por un notable dinamismo y un fuerte crecimiento y diversificación de la producción en su conjunto, acompañados de una multiplicación permanente —quizás algo desordenada— de los objetos de estudio, los enfoques y los planteamientos teórico metodológicos. Un contexto historiográfico en expansión, más pluralista y diversificado, dentro del cual la historia social parece que ha dejado de ejercer un papel directriz dentro de la disciplina, o bien ha perdido su estatus de perspectiva analítica dominante para la elaboración de la síntesis histórica, estatus que quizás tuvo o aspiró a tener hasta inicios de los años ochenta y, en cambio, ha devenido un campo más de investigación, entre otros.

Bibliografía

- Areces, Nidia R. “Una ‘vieja conocida’, la historia social y su sentido en el campo de los estudios coloniales”. *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*. Coords. Silvia C. Mallo y Beatriz I. Moreyra. Córdoba/La Plata: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”/Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, 2008: 93-105.
- Armus, Diego. “Cuando los enfermos hacen huelga: Argentina, 1900-1940”. *Estudios Sociales* 20 (2001): 53-79.
- _____. “El viaje al centro: Tísicas, costureritas y milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 22 (2000): 101-124.
- Barrancos, Dora. “La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico en la Argentina)”. *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 111-128.
- Cansanello, Oreste C. “Sobre los orígenes de la sociedad bonaerense. Continuidades y perspectivas. El estado actual de algunas cuestiones”. *Anuario IEHS* 12 (1997): 79-89.
- Carrera, Nicolás Íñigo. “La historia de los trabajadores”. *La historia económica argentina en la encrucijada*. Comp. Jorge Gelman. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- Cerutti, Simona. “La construction des catégories sociales”. *Passés recomposés: Champs et chantiers de l’histoire*. Ed. Jean Boutier y Dominique Julia. París: Autrement, 1995: 224-234.
- Dicósimo, Daniel. “Indisciplina obrera en la industria metalúrgica durante el Proceso de Reorganización Nacional”. *Anuario IEHS* 22 (2007): 445-463.
- Eiros, Nélica. “Primeras Jornadas de Historia de las Mujeres, Luján, 1991”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 5 (1992): 131-134.
- Eley, Geoff. *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universitat de Valencia, 2008.
- Fass, Paula S. “Cultural History/Social History: Some Reflections on a Continuing Dialogue”. *Journal of Social History* 37.1 (2003): 39-46.
- Forcadell Álvarez, Carlos. “La historia social, de la «clase» a la «identidad»”. *Sobre la historia actual: entre política y cultura*. Ed. Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa. Madrid: Abada Editores, 2005.
- Garavaglia, Juan Carlos. “De ‘mingas’ y ‘convites’: la reciprocidad campesina entre los paisanos rioplatenses”. *Anuario IEHS* 12 (1997): 131-139.
- _____. “Introducción”. *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX*. Rosario: Homo Sapiens, 1999.
- Garavaglia, Juan Carlos. “¿Existieron los gauchos?”. *Anuario IEHS* 2 (1987): 42-52.
- Gayol, Sandra. “Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las élites finiseculares”. *Entrepasados* 31 (2007): 55-75.

- Gelman, Jorge. “¿Gauchos o campesinos?”. *Anuario IEHS* 2 (1987): 53-59.
- _____. “El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la Historia Argentina”. *Entrepasados* 9 (1995): 27-37.
- Guerra, François-Xavier. “El análisis de los grupos sociales: balance historiográfico y debate crítico”. *Anuario IEHS* 15 (2000): 117-122.
- Gutiérrez, Leandro. “Condiciones de vida material de los sectores populares en Buenos Aires: 1880-1914”. *Revista de Indias* 163-164 (1981): 167-202.
- Iñigo Carrera, Nicolás. “La historia de los trabajadores”. *La historia económica argentina en la encrucijada*. Comp. Jorge Gelman. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008: 271-284.
- Kabat, Marina y Sartelli, Eduardo. “¿Clase obrera o sectores populares? Aportes teóricos y empíricos para una discusión necesaria”. *Anuario CEICS* 2 (2008).
- Lobato, Mirta Zaida. “Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del Frigorífico Armour, 1915-1969”. *Anuario IEHS* 5 (1990): 171-205.
- _____. “Niveles y dimensiones de análisis en el mundo del trabajo: notas a partir de una experiencia de investigación”. *Anuario IEHS* 22 (2007): 401-421.
- Losada, Leandro. “Aristocracia, patriciado, élite. Las nociones identitarias en la élite social porteña entre 1880 y 1930”. *Anuario IEHS* 20 (2005): 389-408.
- _____. “La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)”. *Entrepasados* 31 (2007): 81-96.
- Mayo, Carlos A. “Sobre peones, vagos y malentretidos: el dilema de la economía rural rioplatense durante la época colonial”. *Anuario IEHS* 2 (1987): 25-32.
- _____. “¿Una campaña sin gauchos?”. *Anuario IEHS* 2 (1987): 60-70.
- Míguez, Eduardo. “Mano de obra, población rural y mentalidades en la economía de tierras abiertas de la provincia de Buenos Aires. Una vez más, en busca del Gaucho”. *Anuario IEHS* 12 (1997): 163-173.
- Moreyra, Beatriz I. “La historiografía argentina del siglo xx: una mirada cuasi secular”. *La escritura de la historia. Una mirada sobre las prácticas y los discursos de los historiadores de Córdoba (Argentina)*. Comp. Beatriz I. Moreyra. Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, 2002.
- _____. “Los desarrollos de la historia social contemporánea: ¿Hacia un nuevo giro social?”. *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*. Coords. Silvia C. Mallo y Beatriz I. Moreyra. Córdoba/La Plata: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”/Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, 2008.
- _____. “Tradición y renovación en los estudios sobre grupos sociales en la historiografía social cordobesa (Argentina)”. *Diálogos* 7 (2003): 69-115.
- Palermo, Silvana A. “El trabajo femenino en el siglo xx: nuevas miradas y planteos de la historia de la mujer y los estudios de género. Introducción”. *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 99-109.

- Parolo, María Paula. “Conflictividad, rebeldía y transgresión. Los sectores populares de Tucumán en la primera mitad del siglo XIX”. *Estudios Sociales* 29 (2005): 25-50.
- Pérez Ledesma, Manuel. “La construcción de las identidades sociales”. *Identidades y memoria imaginada*. Eds. Justo Beramendi y María Jesús Baz. Valencia: Universitat de Valencia, 2008.
- Queirolo, Graciela. “El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940)”. *Trabajos y Comunicaciones* 34 (2008): 129-151.
- Remedi, Fernando J. “El ‘retorno’ a la democracia y el oficio del historiador en América Latina. El caso de la Argentina en los años 80”. *Diálogos* 14:1 (2010): 83-110.
- . “Los pobres y sus estrategias alimentarias de supervivencia en Córdoba, 1870-1920”. *Población y Sociedad* 12.13 (2005-2006): 165-201.
- Revel, Jacques. “L’institution et le social”. *Les formes de l’expérience. Une autre histoire sociale*. Dir. Bernard Lepetit. Paris: Albin Michel, 1995.
- Romero, Luis A. y Gutiérrez Leandro. “Los sectores populares y el movimiento obrero en Argentina: un estado de la cuestión”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 3 (1991): 109-122.
- Sangster, Joan. “Historia social”. *Historia Social* 60 (2008): 213-224.
- Suriano, Juan. “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”. *La historia económica argentina en la encrucijada*. Comp. Jorge Gelman. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- Uría, Jorge. “La historia social hoy”. *Historia Social* 60 (2008): 233-248.
- Viguera, Aníbal. “Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”. *Entrepasados* 1 (1991): 5-33.
- Vincent, Bernard. “Tiempo de reaccionar”. *Historia Social* 60 (2008): 249-252.

